

SIR FRANCIS DRAKE

(Especial para esta Revista)

Nació en Tavistock, lugarejo de Devonshire, hacia 1540. Su padre —granjero de esa burguesía campesina, que adoptó con celo exagerado las doctrinas de la Reforma, no por su contenido filosófico, sino como bandera nacionalista— en los días de la reacción católica de Mary Tudor se ocultó en los pantanos del Condado de Kent, y de esa correría incierta, perseguido como animal de monte, llevando a la rastra a una mujer sumisa y una escolta de hijos andrajosos, guardó en su vida odio profundo por la Iglesia de Roma. Isabel de Inglaterra, años después, en premio de esas miserias, concedióle una capellanía, y el granjero atrapó el cargo de vicario en Medway. En tal ambiente exaltado, rabiosamente antiespañol, místico, creció el joven Drake. El Estado católico se había apoderado de la hacienda paterna; el Estado protestante —mejor dicho, anglicano—, le salvó de mendigar. El campesino se hizo clérigo; el hijo navegante; pero ni uno y otro buscaron esta solución. La hallaron y se impuso a sus destinos.

Drake no fue a la escuela en su niñez, mas en cambio, frente a su curiosidad del saber encontró de continuo un sentimiento de honda aversión contra la monarquía española. Espíritu realista y arriesgado, este mozo de corta edad, sensible a las palabras del viejo, conservó de sus sermones cotidianos aquellos que podían ayudar a su instinto aventurero: desprecio por la quietud, por los modales cortesanos, por el dolor ajeno. Luégo se marchó de casa.

En el hogar de John Hawkins, su pariente, conoció los dos elementos determinantes de su existencia: el mar y los

navíos. El mar le atrajo desde el primer instante como una mujer imposible y veleidosa; encendió su sangre juvenil, ilusionó su mente de hombre adulto, fue su tortura y su mayor pasión. A los veinte años hizo su primer viaje a las costas de Guinea en un bergantín negrero; a los veintidós le nombraron capitán del *Judith*, cáscara de tres palos, veloz, espléndida para el combate, para el abordaje y para la piratería. Hawkins, el barco y la edad favorecieron su impulso. Pirata, burlador de la ley, corsario, en guerra contra España defendió a Inglaterra, pero en este hombre la defensa del suelo se confundía con el deseo crudo y violento de arrebatar a otros lo que para sí quería, porque en el Renacimiento los héroes de Europa crearon su grandeza y su nacionalidad a zarpazos, sin respetar el honor ajeno ni cuidar del propio. Drake, astuto y genial, se complacía en referir aquello que había hecho, que no hizo y quiso hacer, con rasgos de recia e inconfundible vanidad renacentista. Un hombre así, vigoroso e inescrupuloso, llega muy lejos. Drake llegó. La talla no era muy alta; musculada, resistente; la cabeza pequeña —según el retrato del museo naval de Londres—; el maxilar inferior pronunciado; el tórax, a pesar de la vaguedad del dibujo aparece amplio; los brazos cortos, las manos finas; el semblante estilizado presenta los signos dominantes de su carácter: juicio sereno y virilidad casi monstruosa. La leyenda de haber sido un perfecto amorador de mujeres posiblemente fue verídica.

Todo el siglo XVI está lleno de la pasión dominadora de los Austrias. España contra Inglaterra; Felipe contra Isabel; el catolicismo contra el anglicanismo. Fue una contienda desesperada entre el sentimiento y el pensamiento; entre el Mediterráneo y el Mar del Norte; entre lo castizo y lo sajón. Causas de orden político, religioso y económico enfrentaron estos dos pueblos, fundamentalmente opuestos por la raza, la concepción de las ideas, las costumbres sociales y las aspiraciones políticas. España poseía el océano, el oro de América, las más bellas regiones de Italia, los telares de Flandes; Inglaterra, nación marítima por excelencia, no tenía una escuadra, pero sí un número escogido de corsarios armados en guerra. En este duelo a muerte los adversarios

ocultos y protegidos por los muros del Escorial y de Westminster se lanzaron estocadas y pinchazos cargados de maldiciones y bendiciones en todos los campos: en el Caribe y en el Canal de la Mancha. Por espacio de veinticinco años Felipe II rehusó declarar la guerra, atento a unificar primero las creencias religiosas de sus vasallos, mas el monarca, en la extraña y confusa evolución de su querer, que nadie adivinó, empujado por el triunfo del protestantismo, decidió aniquilar a Inglaterra, confundida en su política imperialista con Isabel Tudor. En tal momento aparece Francis Drake en la historia.

Hawkins había hecho de él un marino. La noche del 26 de septiembre de 1568 en aguas de San Juan de Ulua, fue crítica para los ingleses. Drake amenazado por los cañones de la fortaleza salvó el pellejo perseguido de cerca por la flota española al mando de don Francisco de Luján. Había ido a Méjico como pirata; regresó a Londres como un gran marino. Los mercaderes de la City le ofrecieron un banquete, pero la Corte —más económica o más precavida— prefirió ignorar el hecho. Su estrella subió. “*No peace beyond the line*”, fue su divisa y su desafío a Felipe II. Poco le importaba el riesgo de morir en la horca y el nombre que dieran a su empresa los cortesanos de Madrid. ¿Comerciante? ¿Pirata? Todo era igual. Quería dinero para aplacar la miseria del campesino que le dio vida; perlas para regalar a las mujeres; oro pra comprar tierras en Devonshire. Mas este hombre a semejanza de los conquistadores españoles, esclavo como ellos del vellocino de oro, no era un avaro. Quitaba pero también gastaba.

La conquista de América fue la explotación más desvergonzada del valor individual en beneficio del absolutismo monárquico; mas esta verdad clara y patente en el siglo XVIII, no estuvo al alcance de los dominadores del trópico. Cervantes, que no era un tonto, en frase magnífica explicó la razón de este derroche de vigor personal. “El paso a las Indias —decía un siglo después— fue el refugio y amparo de los desesperados de España”. Esta desesperación, compañera de descarnado sentimiento heroico, este impulso ciego y arrollador que modeló entre dos paralelas de acero la volun-

tad y valentía de los soldados de Castilla, no fue patrimonio exclusiva de su raza, sino condición avasalladora de su época; del Renacimiento europeo, que en sus manifestaciones artísticas, en el genio de sus hombres, en la realización de la conquista del mundo, llegó a un impulso de locura y de grandiosidad superiores a toda ponderación. Dureza de ánimo, obstinación y orgullo demostraron los españoles, maestros en el arte de la guerra; pero sus discípulos, los flamencos, los ingleses y los franceses, aprovecharon el ejemplo. Esto no quita nada a la gloria de España, ni agrega a la de Europa.

Los aventureros españoles llegaron al trópico americano y a su vista descubrieron una tierra rica en oro; abrigo de la fiebre, de la miseria fisiológica, de la desesperación, del hambre. ¡Cuán poca importancia tiene ante su bravura el deseo vil de apoderarse de las alhajas de los indios! Lucharon y vencieron a la naturaleza, verdadero enemigo de su empuje; violaron su misterio hasta entonces impenetrable, y de esos pantanos y de esas selvas del Caribe surgió un pueblo. Mas este aspecto de la conquista, el más importante y trascendental, se desconoció con argumentos ridículos, para llamar a estos héroes verdugos de la carne aborigen. Lo fueron, y el alarido de sus víctimas llenó un siglo de historia; porque los castellanos, acusados de todos los crímenes, estaban dotados de esa cualidad máxima que ha ennoblecido la virilidad humana: decisión de triunfar.

Drake tuvo en su vida mucho de meridional. Valor, osadía, crueldad. Los españoles le llamaron pirata y lo fue con espléndido desenfado. Entre este marino ilustre, creador de la grandeza naval de Inglaterra y la chusma de aventureros que asolaron las costas del Nuevo Reino en el siglo XVII, hay una diferencia profunda; más grande que aquella que hubo entre los conquistadores de 1540 y los tenderos establecidos en Santafé a mediados de 1750. Sir Francis Drake fue el conquistador del océano. Juzgar sus hazañas con el criterio de los cronistas coloniales, quienes encerrados entre las cuatro paredes de sus viviendas no sabían del universo ni se dieron cuenta del hondo significado de esa contienda entre el imperialismo español y el individualismo británico, es una solemne tontería. Las empresas

de Drake y las proezas de los capitanes de Carlos V son muy parecidas en lo bueno y malo que llevaron engarzadas. En él y en ellos el valor fue su razón de ser. Era un marino; los otros soldados. Lo demás no tiene importancia.

En 1572 fletó dos barcos a crédito. Jugaba la vida y su fama. En las Indias podía encontrar la muerte; en Londres la cárcel. Entró a saco en el puerto de Nombre de Dios y a través del istmo de Panamá, con la intrepidez de Balboa, en tierra enemiga, no detuvo su marcha hasta descubrir en lo más alto de la cordillera las aguas quietas de un mar inmenso. El Pacífico fue su único anhelo. Quiso navegar en él; arrancar su secreto, conquistar las tierras del sur, los pueblos, las hembras, los tesoros de sus costas y de sus ondas. Tal fue el origen de su arriesgada aventura alrededor del mundo. Regresó a Inglaterra. Isabel quería la guerra; Felipe el castigo de los piratas; Drake la gloria. Pocos conocían sus planes; saquear los galeones de España en todos los mares.

El 13 de diciembre de 1577 se hizo a la vela en el *Golden Hind*, bergantín de cien toneladas. Pasó por el estrecho de Magallanes en agosto del año siguiente y de los cinco barcos de su flotilla quedó el suyo; unos se perdieron, otros regresaron a Londres. Harto de incendiar y pillar las aldeas costaneras de Chile y Perú, puso proa al norte; el 17 de junio de 1579, "por la gracia de Dios y a nombre de S. M. Isabel de Inglaterra, tomó posesión de la bahía de San Francisco de California". Rumbo al oriente, por el archipiélago de Java, por el mar Indico, dobló el Cabo de Buena Esperanza y el 26 de septiembre de 1580 llegó a Plymouth con más de cuatrocientas mil libras esterlinas, producto de su viaje. Era el primer navegante inglés que había dado la vuelta al mundo. La reina le aclamó en público; la opinión exigió el reconocimiento de su heroísmo, y al solicitar el embajador español don Bernardino de Mendoza la cabeza de Drake, Isabel Tudor tuvo un súbito ataque de sordera. Fue a Deptford; conoció el barco; comió con el héroe y le armó caballero. Era la guerra con España, pero Sir Francis Drake, soberbio y fascinador, hizo grabar en su escudo heráldico la leyenda: "*Tu primus circumdedisti me*". Las mujeres no comprendie-

ron la soberbia oculta de esta divisa, y sin embargo, seducidas, le besaron desde entonces con mayor entusiasmo.

El 9 de febrero de 1586 se presentó en la bahía de Cartagena de Indias. La lucha fue dura; los españoles se defendieron con esa intrepidez que dejó en los anales de la conquista y de la colonia páginas admirables, pese a las quejas de don Pedro Vique y Manrique, defensor de la plaza, que en alguien —y no en él— tenía que descargar su derrota y desagrado. Hay en su relación algo de angustia, de esa furia, que coronó a unos y otros en aquel remoto tiempo: "Al encuentro de los enemigos salí espada en mano y di voces al capitán Pedro de Cornas y al capitán Martín González, diciéndoles que saliesen con las galeras y muriese el que muriese y viviese el que viviese; que era ya de día y fácilmente degollaríamos a los enemigos, y así fui y junté como trescientos arcabuceros, mas se perdió la ciudad por acertar V. M. de tener en ella los más pusilánimes vasallos que debe haber en el mundo, que si acertaran a ser otros, se habría ganado la victoria. El corsario se atrincheró dentro de la ciudad y quemó las casas que estaban fuera de las trincheras, y por las que quedaron dentro, han sido tan pusilánimes que le han dado ciento diez mil ducados para que no las quemase. Entró Drake el miércoles de ceniza y hoy que es postrer día de Pascua, está en el puerto y no sé cuándo se irá. Dios le confunda" (1). El rescate se negoció con el obispo y el vencedor al descubrir una carta en la cual Felipe II le llamaba *corsario*, exclamó jactancioso: "Entienda el rey de España, en algún tiempo, que no lo soy". El obispo guardó silencio y Drake recibió el pago: cuatrocientos mil pesos en oro, perlas, plata, joyas, ochenta piezas de artillería y las campanas de la iglesia. Vivió en Cartagena cincuenta días con sus noches.

De regreso a Inglaterra se apoderó de Santo Domingo y su paso por los establecimientos españoles de la Florida, comparable en su violencia a la venganza del Dios de los israelitas, hizo enmudecer a los hombres. Fue como una plaga egipcia; a la rastra de sus navíos quedaron las ciudades y campos

(1) Boletín de Historia Nos. 231-232.

desolados, que la historia no cuenta, ni se sabrá nunca, el llanto y el dolor de sus víctimas.

Temido y odiado en el Caribe, en el Mediterráneo no fue menos. En 1587 atacó la escuadra española anclada en Cádiz con sólo veinte barcos corsarios. Felipe II al conocer la noticia tuvo un acceso de furor histérico, tan increíble se suponía el hecho; Isabel de Inglaterra, orgullosa de su venganza, le nombró almirante. En el encuentro con la Invencible Armada, Drake, que parecía gozar de habilidad diabólica, luégo de incendiar el galeón en que viajaba don Pedro de Valdez, gran almirante de la flota española, desbarató el centro enemigo, que en su desastre buscó refugio en el puerto de Calais. Viejo fauno marino, exigía cada vez con mayor excitación amor en las mujeres, arrojo en los varones, por parecerle en el desasosiego de su ánimo mezquinos los honores y las recompensas. Se casó por segunda vez; fue halagado en la Corte, mas a pesar de todo, infatigable, por el filo de los cincuenta y cinco años, y bien vividos, se embarcó de nuevo. Fue su último viaje.

Le rechazaron en las Canarias, y para colmo de su desgracia, su antiguo mentor Hawkins vino a morir en Puerto Rico. Su estrella no era la misma. Incendió a Santa Marta, y desilusionado de su efímera victoria, "llegó a Nombre de Dios el día de Pascua de los Reyes; halló más de cuarenta mil pesos y quemó el lugar. El 15 de enero de 1596 se hizo a la vela, y no se le ha visto más. . ."

Fuentes: Corbett. Drake and the Tudor navy. Barrow. Life of Drake. Sternberk. Filibusters and busccanneers. Piedrahita. Conquista del Nuevo Reino de Granada. Archivo de Indias. Relación de E. Restrepo Tirado.

JOAQUIN TAMAYO,

Catedrático de Sociología en la Facultad de Jurisprudencia de este Colegio Mayor.